
1741 J.A.HOUDON 1828
VOLTAIRE

2ª Aparicion de Voltaire



Al oír la campana fray Plácido se incorporó en la tarima, se santiguó, y se echó al suelo.
Una fría y espléndida luna hacía resplandecer los cachos de vidrios incrustados en el filo de las tapias antiquísimas que circundaban al convento.
El fraile abrió su postigo y vio cosas espeluznantes en aquel camposanto donde sus antiguos hermanos de religión dormían bajo la tierra, aguardando la trompeta del ángel que los llamaría a juicio.
Era el camposanto una sombría huerta, abandonada a las hierbas silvestres desde siglos atrás por falta de hortelanos.
Y entre aquellos matorrales, viniendo del fondo, apareció una bestia rarísima.
Fray Plácido se ajustó los espejuelos, temiendo que sus ojos lo traicionaran.
—¡Señor, Dios de los ejércitos! ¿Qué animal apocalíptico es éste?
Al mismo tiempo un torbellino como de cuatro vientos encontrados zamarreaba con furia la arboleda, sin que ni una brizna llegara hasta él.

— ¿Estoy soñando, por ventura? se dijo, y repitió un versículo del profeta Joel leído en la misa de uno de esos días: *Senes vestri somnia somniabunt* (´Vuestros ancianos tendrán sueños') lo cual sería signo de los últimos tiempos.
Aquella bestia era evidentemente un león, pero tenía alas de águila. De pronto perdió las alas, se irguió y semejóse a un hombre.
Tras ella surgió otra, como un oso flaco y hambriento que había encontrado una horrible pitanza entre las tumbas, pues venía devorando tres costillas.
Ambas fieras se pusieron a la par, aliándose, y dieron la cara hacia el camino, por donde apareció una tercera, manchada, como un leopardo fortísimo con cuatro cabezas.
Y casi pegada a ella una cuarta bestia no semejante a ninguna en la tierra, que tenía dientes de acero que relumbraban como sables bajo la luna, y pies tan poderosos que pulverizaban los cascotes y pedruscos del suelo.
Y este cuarto animal ostentaba diez cuernos, entre los que brotó un cuernito, que creció y se transformó, y tuvo ojos de hombre y boca soberbia y desdeñosa.
Fray Plácido cerró los ojos y se apartó de la ventana; comprendió que se repetía ante sus ojos la visión que Daniel vio el primer año de Baltasar, rey de Babilonia, y que las cuatro bestias prefiguraban los cuatro imperios que existirían en los últimos tiempos; y destruidos ellos, vendría Cristo sobre las nubes a juzgar a los vivos y a los muertos.
Volvió a mirar y pensó que la primera bestia figuraba a la masonería, sembrada en el seno de muchas naciones y aliado secreto del oso de Satania, que devoraba tres costillas; éstas eran Escandinavia, Turquía y la India. El poderoso leopardo no podía ser sino Inglaterra, y sus cuatro alas y cuatro cabezas, el símbolo de sus aliados y dominios.
En cuanto a la bestia sin parecido con ninguna y armada de diez cuernos, discurrió que fuese el judaísmo, que es como un Estado dentro del organismo de muchas naciones, a todas las cuales rige y domina secretamente.

¿Y aquel cuernito que nacía entre los otros diez y se criaba con ojos de hombre y boca altanera, que luchaba y vencía a los diez...?
¿Un nuevo imperio? ¿Acaso el Anticristo?
En ese instante oyó la horripilante voz de Voltaire, que diez años atrás se le presentara en noche parecida.
— Te prometí volver, le dijo y aquí estoy.
— Ninguna de las cosas que me anunciaste se ha cumplido le contestó el fraile con displicencia, mas sin echarle agua bendita, porque quería arrancarle sus secretos.
— No ha llegado el tiempo todavía..., faltan diez años..., doce años... No más de quince años...
— ¿Faltan para qué?
— A su tiempo lo verás.
— Me anunciaste que ya había nacido el Anticristo...
— Y no mentí. Hoy es un mozo de veinte años, que se prepara en el estudio de las ciencias y de las artes para el más tremendo destino que pueda tener un mortal.
— ¿Dónde vive?
— No puedo revelártelo.
— ¿Quiénes son sus maestros?
— El diablo, por medio de talmudistas y faquires.
— Algunos teólogos sostienen que estará poseído de Satanás y que no será moralmente libre, sino determinado fatalmente al mal. ¿Es verdad eso?
— No es verdad. El Anticristo es moralmente libre; podría hacer el bien si quisiera, pero su orgullo es infinitamente mayor que el de cualquier otro hombre. Yo mismo, en su comparación, fui un pobre de espíritu...
— ¿Tiene ángel de la guarda?
— Sí, como todos los hombres. Y también, como todos los hombres, tiene un demonio tentador especial, que es el más alto en la jerarquía infernal; como no lo ha tenido nadie, ni Nerón, ni Lutero, ni yo; es el propio Lucifer.
— ¡Desventurado mozo! exclamó el fraile. ¿Por ventura podría salvarse?

— Sí. La sangre del Infame lo ha redimido también a él. Pero su obstinación es tan grande que, aun reconociendo que el Mesías es Hijo de Dios, si lo encontrara, con sus mismas manos lo clavaría de nuevo en la cruz.
— ¿Y tiene conciencia de su destino?
— ¡No! Ni Satanás, antes de su caída, tuvo conocimiento de su futura condenación.
— San Pablo dice del Anticristo que poseerá todas las seducciones de la iniquidad... ¿Realmente es tan hermoso?
— El más hermoso de los descendientes de Adán. Nadie puede compararse con él. Hombres y mujeres enloquecerán cuando lo vean. Aunque es joven, tiene ya todos los vicios imaginables; la ambición, la crueldad, la impudicia; y sin embargo, quienes lo tratan lo creen dotado de las mayores virtudes, tan hábil es en la simulación.
— ¿Cuándo comenzará su reinado universal?
— Cuando florezca el árbol seco.
— Voltaire... ¿sufres?
— Hace diez años te dejé una señal. ¿Acaso creyó nadie en ella?
— No; los que vieron fundido mi candelero de bronce lo atribuyeron a un rayo o a un experimento a distancia.
— ¿Ves mi mano? Voy a estamparla en la pared.
La doliente sombra se volvió al blanco muro y lo tocó apenas con la palma abierta, y en el acto se derritió el revoque hasta la profundidad de un centímetro.
— ¡Infeliz de ti! dijo el viejo con horror.
— Piensa que todavía me hacen misericordia, y que si no me contuviera la Omnipotencia, yo mismo, por el peso de mi propia obstinación, me hundiría en mares de fuego que sólo conocerá el Anticristo.
— ¿No puedo hacer nada por ti?
— Pasó el tiempo en que yo pude hacerlo todo con sólo una lágrima, y no quise. Y ahora nadie puede hacer nada; y si alguien pudiera, yo no querría.
— ¿Me permites que te pregunte algo?
La sombra se inclinó.

— ¡Pregunta!
— He visto en la huerta...
— Ya sé; la visión de Daniel.
— ¿Qué naciones significan esas bestias?
— No son naciones; son las cuatro doctrinas máximas que al fin del mundo se aliarán para combatir al Infame.
— ¿Cuáles son?
— Judaísmo, islamismo, paganismo y racionalismo o, como se le llama ahora, liberalismo. Esta última es la bestia de los diez cuernos, porque ha engendrado diez errores; y el undécimo, que acabará con los otros diez y luchará contra el Infame, frente a frente.
— ¿Cuál es?
— La más tenebrosa maquinación que hayan podido inventar los hombres bajo la inspiración inmediata del diablo para ir preparando las vías del Anticristo... El racionalismo, que yo engendré, a su vez engendró el ateísmo, del cual ha nacido la postrera religión de este mundo: el satanismo... Dentro de diez años volveré.
La sombra del réprobo desapareció con estas palabras.
Durante muchos días en la cal de la pared se vio la marca negra de una mano huesuda; pero nadie quiso creer en la señal.
Pensaban que fray Plácido chocheaba, y algunos juraron haber visto esa mano desde hacía mucho tiempo, desde que una vez restauraron la celda y un albañil se apoyó distraídamente en el revoque fresco.